

CLAVES PASTORALES EN EL TRABAJO CON JÓVENES

*Puedes llevar a tu caballo,
incluso a la fuerza,
hasta el río.
Lo que no conseguirás de él es que beba
si no tiene sed*

Proverbio antiguo

Estimados vicarios, deseo comenzar por agradecer la invitación que me ha hecho llegar la Conferencia Episcopal para llevar a cabo una reflexión conjunta sobre el trabajo pastoral con los jóvenes. Aunque, para mí, esta invitación supone también la necesidad de superar cierto “miedo escénico” -que diría Valdano- para hablaros con honestidad y sin paños calientes de un fenómeno que tanto nos preocupa a todos. Tenéis una responsabilidad muy elevada en la configuración pastoral de las diócesis de nuestro país y vuestras opciones -en sintonía con las de los vuestros obispos- van a resultar decisivas para hacer posible que una parte de la juventud española pueda conocer a Jesús y acoger su propuesta. La imagen del cambio climático me servirá de hilo conductor de la exposición y me permitirá compartir con vosotros algunas intuiciones respecto a las dificultades y oportunidades que presenta nuestra época para el anuncio del Evangelio entre los jóvenes que, por otra parte, he expuesto en numerosas ocasiones y que puede que algunos ya conozcáis¹.

1. Un verdadero cambio climático

Que el planeta en el que vivimos ha sufrido un profundo cambio en los últimos dos siglos no admite ningún género de duda. Pero, menos aún, que la sociedad y la cultura han experimentado una transformación aún más profunda en las últimas décadas. Y ello se pone de relieve con la mayor claridad en el ámbito de las creencias religiosas.

Comencemos con una conocida historia que vosotros, como vicarios, habréis tenido, incluso, la ocasión de protagonizar:

“Había una vez un párroco que andaba desesperado. En su parroquia habían comenzado a pulular una serie de incómodos ratoncillos que aparecían en cualquier lugar en los momentos más inoportunos... El pobre párroco no sabía que hacer. Había probado a poner pequeñas cantidades de raticidas convencionales que compró en la droguería del barrio. Pero todos sus esfuerzos habían resultado inútiles. Los ratoncillos surgían en cualquier momento y a cualquier hora.

Las mujeres que acudían a la parroquia comenzaron a sufrir tantos sobresaltos encadenados que la asistencia parroquial descendió a niveles insospechados... Abatido y sin soluciones humanas, el sacerdote acudió al obispo para contarle la terrible desgracia que asolaba a su parroquia.

El obispo, con una sonrisa paternal, le sugirió que acudiera a una empresa especializada en desratización. Sin duda que los profesionales tendrían solución para

¹ Esta conferencia, cuyo contenido esencial he repetido en numerosos lugares de España es, básicamente, una reformulación de la ponencia “Jóvenes e Iglesia. Perspectivas de futuro” que presenté en las Jornadas de Pastoral de Juventud de Sevilla organizadas por los Salesianos en diciembre de 2007.

aquel pequeño problema... Y el párroco marchó con la convicción de haber hallado la respuesta al problema que amenazaba con desertizar pastoralmente su parroquia.

Pero al cabo de cuatro semanas volvió a presentarse ante su obispo con el rostro abatido y ojeras de no dormir. Con voz compungida, relató al señor obispo que la mejor empresa de la ciudad había fracasado en el intento. Los ratoncillos seguían allí, en su parroquia, enseñoreándose de todo y fluyendo desde los rincones más insospechados...

Fue entonces cuando el señor obispo, bajando la voz como quién revela un secreto, sugirió al apesadumbrado sacerdote un remedio infalible:

“Mire, una tarde de estas iré personalmente a su parroquia. Pondremos pequeñas raciones de queso, dejaremos que salgan los ratoncillos de sus rincones... y, cuando los tengamos frente a nosotros, los “confirmaré” a todos ellos. Ya verá usted como no vuelven a pisar la parroquia. De esta forma, se verá definitivamente libre de la plaga de ratones”.

Con esta deliciosa narración iniciaba el salesiano José Joaquín Gómez Palacios, un magnífico artículo sobre los jóvenes publicado hace pocos años en la revista *Sal Terrae*². Y quienes nos dedicamos a la pastoral de juventud o, simplemente, participamos de la vida ordinaria de las parroquias, sabemos que el cuento no es una mera obra de ficción humorística, sino una desenfadada descripción de la realidad.

Los últimos datos sociológicos sobre la religiosidad juvenil apuntan en el mismo sentido. Según conocido informe *Jóvenes Españoles 2005*, el porcentaje de jóvenes españoles que creían en Dios ese año era del 55%, los que se consideraban católicos el 48%, los que confiaban mucho o bastante en la Iglesia como institución el 42%, los que asistían a la iglesia mensualmente un 10%, los que participaban frecuentemente en la Eucaristía el 5% y los que creían que en la Iglesia se dicen cosas importantes para la vida el 2,2%³. Para que caigamos en la cuenta del tremendo “cambio climático” al que hemos asistido en el ámbito religioso puede ser bueno recordar algunos datos de la vivencia religiosa de los jóvenes en 1960: se autodenominaban *fervientes* el 7% de los varones y el 17% de las mujeres; *normales* el 69% de los varones y el 74% de las mujeres; *tibios* el 16% de los varones y el 6% de las mujeres; y *no practicantes* el 7% de los varones y ninguna mujer. En ese mismo año, declaraban no faltar ningún domingo a la misa, el 71% de las jóvenes y el 40% de los varones⁴.

De forma muy afortunada el sociólogo Javier Elzo, al que habéis tenido la ocasión de escuchar ayer, ha denominado esta situación como “divorcio asimétrico” ya que, mientras la Iglesia parece querer “ligar” a toda costa con los jóvenes, éstos huyen de las proposiciones amorosas de la comunidad cristiana por considerarla una pareja “poco atractiva”. Y lo que es peor, la Iglesia desencantada por haber recibido “calabazas” tiende a culpabilizarse por su incapacidad conquistadora o a criticar “despechada” a los jóvenes por no saber apreciar sus encantos. Reconozcámoslo, estamos desconcertados y nos preguntamos una y otra vez: ¿Qué hacer?

² GÓMEZ PALACIOS, José Joaquín: “Los jóvenes y la iniciación cristiana: un proceso educativo en una “cultura del espectáculo”, *Sal Terrae* 1.056, Santander 2002, pp.389-406.

³ GONZÁLEZ-ANLEO, Juan M^a, en. AAVV: *Jóvenes españoles 2005* Fundación Santa María, Madrid 2006.

⁴ DE MIGUEL, Amando: *Dos generaciones de jóvenes 1960-1998*, Madrid, Instituto de la Juventud 2000

2. Los gases responsables del calentamiento global

Tal y como yo percibo la situación actual, hay varios gases causantes del efecto invernadero que conviene identificar con acierto para no acabar embistiendo molinos de viento tomándolos por gigantes. Señalaré los cuatro que, a mí, me parecen más importantes:

- *Del ocio educativo al ocio consumista o la filosofía de la gran evasión*

Comencemos por constatar que la pastoral de juventud de las últimas décadas, se asentó en el terreno de lo que podemos llamar el ocio educativo. Efectivamente, el contexto social se caracterizaba por la abundancia de familias numerosas que vivían en casas pequeñas, con recursos económicos limitados, con pocos medios de entretenimiento, nulo temor a la calle y confianza en la institución eclesial. Se dio entonces una feliz confluencia: la de multitud de niños, adolescentes y jóvenes deseosos de encontrarse con otros para divertirse, por una parte, y la de una Iglesia que contaba con abundantes locales y un amplísimo grupo de sacerdotes, religiosos y seglares dispuestos a trabajar con ellos, jugando, educando y evangelizando al mismo tiempo. La enorme riqueza, entrega y creatividad de aquel planteamiento, ejercido –no lo olvidemos- en el clima de la renovación postconciliar, no puede minusvalorarse de ninguna manera: convivencias, grupos, pascuas juveniles, confirmaciones, scouts, catecumenados juveniles, campos de trabajo, visitas a Taizé...

Sin embargo este paisaje ha cambiado radicalmente en las últimas décadas: familias con menos hijos, aumento del nivel de vida, infinitas posibilidades de entretenimiento –dentro y fuera del hogar-, ascenso del individualismo, recelo ante las grandes instituciones... De tal modo que, las actividades eclesiales que, en el pasado, eran deseadas con ilusión por los jóvenes, han dejado de interesarles ante la ampliación de la oferta de modos de diversión que proporcionan sensaciones agradables y excitantes pero que no generan dinámicas de crecimiento personal que implican siempre algún tipo de exigencia. Suelo decir que los grupos de teatro juveniles de la actualidad deberían orientarse a representar “Cinco horas con Mario” porque, si al menos persevera un actor –actriz, en este caso, porque el muerto no cuenta-, la obra podrá llegar a estrenarse. Lo que parece de otros tiempos es mantener la pretensión de llegar a debutar con “Siete novias para siete hermanos”.

No creo exagerar en modo alguno al sostener que vivimos en un clima cultural que promueve permanentemente la evasión y el entretenimiento como forma de vida y ya sabemos que, la superficialidad y el escepticismo, hacen muy difícil encontrar a Dios quien -según quienes afirman haber tenido experiencia de él- se hace presente predominantemente en la profundidad del corazón y en el espesor de la realidad. Quienes no frecuentan ni lo uno ni lo otro, por exceso de ocupaciones o de diversión, difícilmente se encontraran con él. Lo que nos lleva a una primera clave pastoral elemental: necesitamos enseñar a los jóvenes cómo hacer *silencio interior* y a *entrar en contacto con el mundo del dolor y la belleza*. Sólo de ese modo podrán llegar a descubrir que estamos habitados por una presencia amorosa; que nuestra vida puede confiarse a unas manos que nos sostienen.

- *El éxito de los sucedáneos y la imagen de las chucherías*

A mi modo de ver, la sociedad de consumo funciona en las personas como las chucherías en los niños: quitan el hambre y nutren mal. La sed de Dios (o de sentido, felicidad o plenitud), punto de partida de todo proceso de evangelización, se encuentra hoy fuertemente neutralizada por la cultura de la satisfacción⁵. Y no olvidemos que, muchos de nuestros jóvenes han sido malcriados desde pequeños, satisfaciendo todos sus deseos a la primera de cambio, especialmente los materiales. Estos adolescentes eternos, que viven pensando en sí mismos y sus problemas no están capacitados para descubrir que la clave de una vida lograda consisten en amar. Pero, en esto, los jóvenes no son sino un reflejo sin disimulos de la sociedad adulta. Los padres que critican a sus hijos por dedicarse al “botellón” disfrutan con sus amigos cenando con “Ribera del Duero”. En el fondo, es una cuestión de presupuesto.

Y conviene aclarar aquí otro malentendido. Ser consumista –o feligrés del sucedáneo de religión predominante en nuestros días- no consiste en tener dinero y gastárselo comprando cosas. Consiste, mucho más profundamente, en adoptar una filosofía de la vida basada en considerar las propias necesidades como centro del propio interés y, todo lo demás, como instrumentos para satisfacerlas. Por eso, no hace falta tener dinero para adoptar esa postura vital. En el humilde barrio de Pan Bendito donde vivo, los chavales no perciben su marginación si faltan colegios o centros de salud, sino cuando no pueden comprarse deportivas de Niké o Adidas. Por eso se puede ser consumista de cosas pero también de sensaciones, ideas, valores, personas y del mismo Dios, cuando acudimos a él para que nos resuelva lo que el dinero y la ciencia no han logrado con sus propios medios (salud, paz, equilibrio emocional...). Esta inflación desmesurada del ego que nos orienta permanentemente hacia la “autosatisfacción, la “autorrealización”, la “autoayuda” y, en el límite, la “autosuficiencia”, es un verdadero cáncer moderno⁶

Surge así otra clave pastoral irrenunciable no menos contracultural que la anterior: *ayudar a descubrir a los adolescentes y jóvenes que “Hay más alegría en dar que en recibir”* (He 20, 35) que “el que entrega su vida por el Reino de Dios la recoge enriquecida” (Mc 10, 17-30) y que, por el contrario, asumir la propuesta imperante en nuestro entorno de considerarse cada uno el centro del universo y emplear la vida en satisfacer las necesidades propias es un error existencial mayúsculo. Articular la vida en clave de compromiso y servicio no comienza por ser lo más gratificante a corto plazo, pero en la medida en la que se progresa por ese camino, acaba proporcionando una alegría profunda e íntima insuperable.

- *El desajuste cultural del mensaje cristiano*

Vayamos a por el tercer desafío pastoral de nuestro tiempo. Con frecuencia, ilustro el problema fundamental de la Iglesia actual –que ya el papa

⁵ GALBRAITH, John Kenneth: *La cultura de la satisfacción*, Ariel, Barcelona, 1992 3ª. LIPOVETSKY, Gilles: *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*. Anagrama, Barcelona, 2007.

⁶ NOLAN, Albert: *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*, Sal Térrea, Santander, 2007.

Pablo VI formuló de forma magistral al señalar que “La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo”⁷-, señalando que, mientras muchos de los agentes de pastoral en activo vivimos en el mundo de *Cuéntame como pasó*, la mayoría de los jóvenes respiran el clima de *Los Serrano* (o de *El internado*) y algunos de nuestros responsables eclesiales parecen creer que España es aún como en *Crónicas de un pueblo*, por no hablar de *Amar en tiempos revueltos*. Coexisten –como en el Toledo medieval- tres culturas en nuestra sociedad –la tradicional, la moderna y la postmoderna- y la Iglesia se encuentra firmemente asentada en la primera –en trance de desaparición-, a duras penas dialogó con la segunda a partir del Concilio Vaticano II –que es la que ha protagonizado la vida social de las últimas décadas- y no llega a comprender y mucho menos a acoger a la tercera –que es el aire que respiran las nuevas generaciones-. Por eso, mientras no recuperemos la capacidad de sintonizar y dialogar con las nuevas corrientes culturales, las posibilidades de la evangelización serán muy limitadas

Nada nuevo bajo el sol, por otra parte. Hace más de 40 años Karl Rahner señalaba con su proverbial lucidez: “*en la situación actual de la iglesia y del mundo, tras un tiempo tan largo de inmovilismo y de miedo por parte de la iglesia ante los cambios socio-culturales del mundo, se puede decir que es más seguro el riesgo de los nuevos experimentos, tan ponderado y medido como sea posible, que permanecer apegados a las formas tradicionales, que hoy ya no se adaptan a la expresión del mensaje cristiano*”⁸ No tiene vuelta de hoja: los jóvenes perciben el mensaje doctrinal, moral, simbólico y organizativo de la Iglesia como completamente superado; ajeno a su sensibilidad intelectual, ética estética y espiritual. Para entrar y participar en la Iglesia tienen que hacer un ejercicio excesivo de renuncia a valores como la espontaneidad afectiva, la igualdad en el ejercicio del poder y la responsabilidad, el acercamiento tentativo a la verdad, la autonomía moral, etc. Para ciertos ritos o gestos simbólicos – que les aburren más que conmueven-, necesitan una especie de “traducción simultánea”

De semejante diagnóstico se sigue una tercera clave pastoral que consiste en *dialogar creativamente con el mundo moderno y postmoderno* que, aunque puedan tener sus excesos, tienen también valores que sintonizan perfectamente con el Evangelio. Pensemos cómo Jesús hablaba a cada cual en el lenguaje que entendía y apelando a sus experiencias más cercanas. Como la sensibilidad postmoderna, Jesús utilizaba imágenes, eslóganes y cuentos para transmitir su visión de las cosas, apelaba a la experiencia propia, buscaba la verdad a través del diálogo, etc. Desde luego no obligaba a su auditorio a aprender un lenguaje distinto para que entendieran su predicación. Necesitamos recrear y reformular el cristianismo en profundidad. Hoy necesitamos un nuevo y profundo Pentecostés para que los jóvenes “nos entiendan en su propia lengua” y nos vean tan contentos que piensen –como de los primeros discípulos- que “venimos de algún botellón”.

⁷ PABLO VI: Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* n° 20.

⁸ RAHNER, Karl: Citado en J. RAMOS-REGIDOR: *El sacramento de la penitencia*, Sígueme, Salamanca, 1975, p. 88.

- “Con la Iglesia hemos topado, amigo Sancho”

No necesito detenerme demasiado sobre un hecho obvio. El peso negativo del imaginario eclesial constituye otro obstáculo formidable para la evangelización de los jóvenes. ¿Quién desea pertenecer a una institución que oscila entre la irrelevancia y el rechazo social? También aquí el cambio ha sido formidable. En 50 años la Iglesia ha pasado de ser la institución social más apreciada por los jóvenes a ocupar la última posición en su valoración. Por algo será. Y que conste que creo firmemente que la realidad de la Iglesia es mucho mejor que su imagen social, construida en los medios de comunicación a base de noticias sensacionalistas e intervenciones desafortunadas. Pero, nos guste o no, la imagen está ahí. Mi hija mayor –Luna-, que es creyente, me comentó un día: “Yo no tengo ningún inconveniente en decir en la universidad que soy cristiana. Eso sí, sólo lo digo cuando tengo media hora libre por delante”. Y es que la confesión de su fe y, especialmente, de su pertenencia eclesial desencadenaba en el entorno de sus compañeros tal cantidad de comentarios cargados de prejuicios que, para aclarar su identidad sin quedar encorsetada en esos estereotipos, necesitaba realmente mucho tiempo. Si hubo una época en la que los no creyentes tenían que justificar su postura, hoy la “carga de la prueba” recae sobre los jóvenes cristianos.

Como ocurría en un famoso anuncio de sopa, los jóvenes se preguntan si la Iglesia “cuece o enriquece” y la mayoría de ellos concluye que lo primero. Como ya indicábamos antes, sólo el 2,2% de los jóvenes españoles considera que en la Iglesia se dicen cosas importantes par la vida. Y, teniendo en cuenta, que Jesús vino para que tuviéramos vida y una vida en abundancia (Jn 10,10), no puede haber una expresión mayor de irrelevancia que el resultado de estas encuestas. Los jóvenes creen que la Iglesia encorseta la vida, no que la potencia. No han descubierto que, como formularon los obispos de Québec, la fe es, por encima de todo, “una fuerza para vivir”⁹. Me contaron que, en cierta ocasión Juan Pablo II viendo el éxito de asistencia a las Jornadas Mundiales de la Juventud- preguntó a uno de sus asesores si creía que sus intervenciones llegaban a los jóvenes y que el ayudante contestó: “los jóvenes sintonizan con la música, pero no entiende la letra”. No sé si la anécdota es cierta, pero, a mi parecer, encierra una gran verdad. Peor aún: muchas iniciativas eclesiales, carecen también de una música que sintonice con las nuevas generaciones.

En definitiva, la cuarta clave pastoral radica en contribuir a *renovar la Iglesia de modo que pase a ser percibida como una fuente capaz de saciar la sed y no como un desierto espiritual*. Hemos de esforzarnos con todas nuestras fuerzas para que los jóvenes perciban que entre nosotros se cumple, siquiera tentativamente, la plegaria V b: *“Danos entrañas de misericordia ante toda la miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de*

⁹ ASAMBLEA DE OBISPOS DE QUÉBEC: *Proponer hoy la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir*, (marzo de 2000); puede encontrarse en MARTÍNEZ, Donaciano; GONZÁLEZ, Pelayo y SABORIDO, José Luis: *Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto*, Sal Terrae, Santander, 2005.

*amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando*¹⁰.

3. ¿Es posible luchar contra el efecto invernadero?

Llegados a este punto parecería que los desafíos externos y las dificultades internas harían imposible llevar a cabo una labor pastoral con los jóvenes. Nada más lejos de la verdad. En mi opinión se puede y se debe hacer mucho, aunque la labor resultará difícil. Con todo me gustaría precisar algunos presupuestos de una pastoral con jóvenes bien orientada.

La cuestión decisiva para los evangelizadores es ésta. ¿Buscan los jóvenes a Dios? ¿Le echan de menos? ¿Le necesitan? Es evidente que en una época altamente secularizada ellos no se plantean las cosas en estos términos y por eso tendremos que reformular los interrogantes de este modo ¿Son felices los jóvenes? ¿Se encuentran satisfechos? Lo cierto es que la contestación a estas cuestiones no resulta obvia. La radiografía de la juventud española que ofrecen los estudios sociológicos más recientes presenta curiosas paradojas. Por una parte, nunca han tenido tantas posibilidades formativas, alternativas de diversión, capacidad económica o menores restricciones al ejercicio de su libertad. Las encuestas señalan el sorprendente hecho de que algunos jóvenes manifiestan que tienen “demasiada libertad”. Por otra parte, la desorientación, la falta de motivación y un distanciamiento escéptico respecto a las grandes causas, las preguntas existenciales o el bien común, parecen indicar que esa libertad “de” no acaba de convertirse –para muchos de ellos- en una libertad “para” como diría Erich Fromm.

Por otra parte, cuando se pregunta a los jóvenes españoles si son felices, las contestaciones muestran también una curiosa disparidad: la mayoría manifiesta estar bastante muy satisfecho con su vida pero, al mismo tiempo, cuando se describen a si mismos ofrecen un panorama, más bien poco estimulante. Según señala Javier Elzo: *“en los estudios llevados a cabo desde 1999 hasta la actualidad, entre el 81% y el 89% de los jóvenes se dicen felices (muy o bastante). Pero, en los datos de 2005 los jóvenes señalan que los rasgos que mas les caracterizan son ser “consumistas”, “pensando sólo en el presente”, “egoístas” y “con poco sentido del deber y del sacrificio”. Por contra parece que los que los rasgos menos mencionan son “maduros”, “generosos”, “tolerantes”, “trabajadores”, “solidarios” y “leales en la amistad”*¹¹. Posiblemente quepa decir que los jóvenes viven bastante satisfechos en el nivel propio de las actividades cotidianas pero que, al mismo tiempo, reconocen estar desorientados cuando se atreven a entrar en niveles más profundos de su conciencia y hacerse preguntas de mayor calado sobre el valor y sentido de su vida.

Hace pocos meses pregunté a varios grupos de jóvenes, de en torno a 17-19 años, por el significado de esa aparente paradoja y su contestación me pareció de enorme relevancia para el asunto que nos ocupa. Ellos distinguían con enorme precisión entre “estar satisfechos” y “ser felices”. La mayoría se

¹⁰ MISAL ROMANO: Plegaria eucarística V b.

¹¹ ELZO, Javier: *Los jóvenes y la felicidad*, PPC, Madrid, 2006

sentían satisfechos porque podían pasarlo bien, al tiempo que no se sentían objeto de grandes exigencias –al margen de las académicas- y no tenían problemas de gran entidad en su vida ordinaria. Sin embargo, sostenían que la mayoría de los jóvenes no eran realmente felices porque, para serlo, hacía falta llevar un género de vida apasionante y que encarnara valores que hoy no son asumidos, por la mayoría de ellos: solidaridad, generosidad, esfuerzo, etc.

Como señalaba antes, es perfectamente posible que los jóvenes se encuentren satisfechos a un nivel inmediato y relativamente superficial y que, al mismo tiempo, experimenten cierto vacío existencial que los haría capaces de abrirse a la Buena Noticia de Jesús en determinados contextos y superando los prejuicios ya mencionados. Ante los jóvenes relativamente acomodados de nuestra sociedad se vuelve a producir hoy la encrucijada del encuentro de Jesús con el joven rico (Mt 19, 16-22)

Por otra parte, la Iglesia tiene que dirigirse a los jóvenes para que perciban con mayor lucidez que la propuesta de sentido de la sociedad de consumo no será nunca capaz de colmar el deseo de plenitud que habita en el corazón de tantas personas. Y no porque disfrutar de mayores y mejores bienes o de un confort más elevado sea intrínsecamente negativo. Al contrario, es bueno. Sino porque de ningún modo podemos considerar ese objetivo como una meta digna del ser humano.

La sutil trampa de la sociedad de consumo en la que “somos, nos movemos y existimos” es ésta: ha confundido *nivel de vida* con *calidad de vida*; tener una *vida llena* con tener una *vida plena*; *vivir en la abundancia* con disfrutar de una *vida abundante*. Y, como cantaría Alejandro Sanz: “No es lo mismo...” El Evangelio promete lo segundo, en ningún caso lo primero y, en este terreno, el “orden de los factores sí altera el producto”. Esta dramática confusión está empobreciendo el mundo: porque nos lleva a agotar sus recursos y deteriorar sus equilibrios; porque se asienta en una descomunal desigualdad económica y porque aliena a los sectores de la población acomodados. Con enorme acierto Teresa de Calcuta señalaba: hay dos tipos de pobres: “los que no tienen dinero y los que sólo tienen dinero”. En definitiva, esta es la estafa radical de la sociedad de consumo y el mayor obstáculo de fondo a la evangelización:

Otra cuestión que me parece de la mayor relevancia consiste en conseguir que el Evangelio se perciba como lo que es: una propuesta de vida *alternativa* pero no *anacrónica*. Con frecuencia, interpretamos distorsionadamente la realidad y llegamos a la conclusión de que el cristianismo es hoy objeto de una amplia crítica social porque somos fieles al mensaje de Jesús. La cosa no está tan clara. Resulta evidente que el cristianismo tendrá que acostumbrarse a ser criticado en cualquier sociedad porque ninguna se articula fundamentalmente sobre la base del compartir, el perdón, la opción por los pobres, el servicio mutuo, la relativización del prestigio o la gratuidad. El Evangelio se opone frontalmente al egoísmo, la violencia, el abuso, o la discriminación. Los ricos, los sabios, los acomodados, los famosos y los poderosos difícilmente percibirán en el mensaje de Jesús una buena noticia para ellos. Ciertamente, ser cristianos consiste en encarnar valores muy

distintos a los de la sociedad de consumo. Pero, en mi opinión, hoy la Iglesia es criticada no por ser demasiado evangélica, sino demasiado anticuada: por haberse encarnado en ideas, valores, gestos, acciones e instituciones pertenecientes a una cultura claramente superada. Y ser anacrónicos es hacer imposible el acceso a la fe a los jóvenes que quieran sentirse de su época. El *aggiornamento* sigue siendo una asignatura conciliar suspendida.

Por último, la Iglesia tiene que presentarse a los jóvenes no disimulando sus fallos o haciendo campaña de sus virtudes, sino como quien conoce el secreto de la vitalidad y la alegría y, por ello, puede ayudar a quienes lo buscan a acercarse a su fuente. Lo señaló Helder Cámara con precisión: *el secreto de la eterna juventud es tener una causa a la que entregar la vida*. Quienes la tienen, inician cada mañana una aventura apasionante; quienes no la tienen, para introducir alientos en la existencia, dedicarán su vida a otros objetivos acumulando posesiones, momentos agradables, experiencias excitantes o placenteras, éxitos profesionales, reconocimiento social, etc. Nosotros hemos tenido la suerte de encontrar en el Evangelio de Jesús tanto la experiencia que nos fundamenta y sostiene de un modo radical –el insobornable amor de nuestro Dios–, como la misión que hace a la vida más digna de ser vivida: la acogida y promoción del Reino de Dios y su justicia para todos. Esto y no otra cosa es el tesoro –en vasos de barro– que deseamos ofrecer a los jóvenes.

4. ¿Hacia un nuevo “protocolo de Kyoto” religioso?

¿Es posible establecer una nueva estrategia evangelizadora que pueda reducir a medio plazo el impacto negativo de los gases que generan el efecto invernadero? Para ello será necesario que quienes vivimos en esta atmósfera cultural que deja tan pocos resquicios a la percepción de la presencia misteriosa de Dios, constatemos las perniciosas consecuencias de la “contaminación espiritual” que padecemos y deseemos comprometernos en la mejora de un medio ambiente abierto a la trascendencia.

Sin complejos de inferioridad o de superioridad, los cristianos podemos situarnos frente a los jóvenes para confrontarles con su propio horizonte vital. Creo que, muchas veces, sus críticas a la Iglesia son la perfecta coartada para no tener que enfrentarse con las utópicas exigencias del Evangelio. Como la propuesta de Jesús da miedo y muchos jóvenes –educados en una lógica individualista y narcisista– se sienten incapaces de llevarla a la práctica, se defienden de él criticando a sus seguidores que, indudablemente, tenemos grandes fallos individuales y colectivos. Pero, aunque no voy a negar la trascendencia de nuestra mediocridad, no es menos cierto que ésta en modo alguno invalida el valor y la verdad de la Buena Noticia de Jesús.

Por ello, sin abdicar precipitadamente de nuestra tarea, debemos alimentar en los niños, adolescentes y jóvenes con los que convivimos el deseo de una vida más plena y la confianza en que puede lograrse con la ayuda de las demás personas y de Dios. En este sentido resulta de vital importancia recuperar la credibilidad de la experiencia religiosa en nuestra sociedad ya que, lejos de ser reflejo de una actitud infantil y vehículo de limitación de nuestra libertad, es condición de posibilidad de una vida cargada de sentido y una

fuentes de libertad y de liberación. Tan natural como las experiencias estética o intelectual es la experiencia religiosa; aquella que nos revela un centro que no somos nosotros mismos y que nos ha originado por amor, que impulsa y fortalece nuestra capacidad de amar y que aspira a culminarnos en una acogida de amor definitiva.

Para ello, la tarea educativa más urgente de la Iglesia sería, como señalábamos antes, cultivar la sensibilidad para el Evangelio desarrollando en los más jóvenes la capacidad de escucha, de silencio, de búsqueda, de asombro, de acogida, de apertura al dolor, de indignación ante la injusticia, de paciencia, de reflexión crítica, de entrega, de compromiso, de compartir, de esperanza no ingenua, de gusto por la gratuidad, de agradecimiento, de apertura al perdón, etc. Es decir, de todo ese amplio conjunto de actitudes que, por una parte, en nuestro entorno se cultivan poco porque damos prioridad a aquellas que permiten el triunfo en la sociedad capitalista y que, por otra, resultan absolutamente necesarias para poder sintonizar con la longitud de onda en la que emite el acontecimiento de Jesucristo.

Aunque, otra condición imprescindible para que cualquier anuncio pueda tener alguna acogida entre los jóvenes radica en que pueda ofrecer la credibilidad que genera aquello que puede verse. Todos estamos cansados de tantas palabras vacías y necesitamos signos; hechos tangibles, por modestos que sean. Si algún joven nos escucha podrá legítimamente preguntarnos: “¿Dónde y como se vive eso que decís?”. Y si no podemos mostrarlo, habremos echado un manto de descrédito a la alternativa cristiana. Si no podemos decir como Tertuliano: “Mirad como se aman”¹², mejor sería no decir nada. El principio experimental en su doble acepción -algo empíricamente observable y algo que yo experimento como bueno y verdadero- no debería faltar en una adecuada pastoral de juventud.

Y quienes primero tienen que haber experimentado, en primera persona, el efecto salvador del Evangelio son los propios agentes de pastoral. Tengo la convicción de que, en demasiadas ocasiones, nos hemos preocupado más de cómo eran los destinatarios de nuestra acción y de los materiales que iban a utilizar en sus reuniones, que de saber hasta qué punto los agentes de pastoral estaban alegremente “contaminados” con el “virus” del Evangelio. Unos animadores desanimados, unos testigos que apenas tienen fe o unos misioneros sin Espíritu, no pueden acompañar a los jóvenes al encuentro con Jesús. De tal modo que pocas acciones considero más necesarias que aquellas que sirvan para revitalizar la fe de los evangelizadores y fortalecer las plataformas comunitarias en las que la alimenten.

Por último, la comunidad eclesial debemos constatar que la reforma institucional que necesitamos es profunda. No se trata de hacer unas “pequeñas chapucillas” para adecentar la fachada del edificio sino de acometer, sin miedo, “reformas estructurales”. No es posible iniciar a los jóvenes –en distintos procesos catecumenales- a un cristianismo en el que la libertad, la fraternidad, la igualdad, el compromiso, la creatividad, la alegría, el compartir o el afecto

¹² TERTULIANO: *Apología contra los gentiles* 39

juegan un papel fundamental, para que luego se inserten en una Iglesia que, en sus concreciones ordinarias, se encuentra profundamente alejada de la teoría asimilada en los grupos de pastoral. Mi experiencia personal me indica que el fruto de años de trabajo muy bien planteados puede desaparecer en un brevísimo periodo de tiempo ante la dureza de algunos planteamientos y prácticas institucionales.

5. Buscando una estrategia de “desarrollo sostenible” de la fe

A lo largo de estos años me he visto obligado a analizar en repetidas ocasiones las potencialidades e insuficiencias de la pastoral de juventud de las últimas décadas, así como sus necesidades de renovación¹³. Como creyente, yo soy fruto de los planteamientos que cuajaron en los años 80 y, en parte, protagonista de sus iniciativas, por los que me encuentro profundamente agradecido a aquella explosión de creatividad y entusiasmo. No obstante, reconozco que necesitamos cambiar de perspectiva por varios motivos. Aquel paradigma de pastoral resultó, en ocasiones, demasiado parcial, dejando en el olvido aspectos nucleares de una verdadera educación de la fe. Por otra parte, la cultura o subculturas juveniles han cambiado profundamente en esos años, por lo que, lo que entonces tenía una gran capacidad de convocatoria, hoy no lo tiene. Además, hemos perdido buena parte del empuje reformador del concilio Vaticano II, cuando no ha cambiado completamente el sentido de las directrices que vienen de la jerarquía, lo que crea incertidumbre y desconcierto. Para colmo, el hecho cristiano, de ser sociológicamente normal e, incluso, mayoritario, ha pasado a ser, entre los jóvenes, minoritario y cuestionado. Por lo tanto: a tiempos nuevos, pastoral nueva.

Realmente, en el plano metodológico se pueden hacer numerosas sugerencias, no tanto para abandonar el rico planteamiento de la pastoral de juventud que hemos heredado, como para introducir nuevos acentos que complementen posturas algo unilaterales del pasado y abran a las nuevas sensibilidades juveniles. Paso a enumerar 20 propuestas que no desarrollo porque, con lo indicado hasta ahora, basta para entender su sentido general y porque, por otra parte, son propuestas que los propios agentes de pastoral tendrían que debatir de acuerdo a sus propios contextos de intervención. No pretenden en modo alguno ser la panacea de la evangelización de los jóvenes, pero sí aspiran a apuntar en la dirección más prometedora para poder recuperar la significatividad, credibilidad y relevancia del anuncio:

1. De socializar en la *normalidad* a proponer una forma de vida *alternativa*, no rara o anacrónica.
2. De las *convocatorias estandarizadas* genéricas al *encuentro personal* situado y el cultivo de la creatividad.

¹³ GÓMEZ SERRANO, Pedro José: “¿Por dónde van los tiros? 10 pistas para impulsar una Pastoral de Juventud Actualizada”, *Misión Joven* nº 318-319, pp. 99-106, julio-agosto 2003, Madrid. *Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro*. PPC, Madrid, 2006. Libro en colaboración con José Joaquín Cerezo.

3. De la poner la confianza en los *recursos y materiales* a recuperar la importancia del *evangelizador*.
4. De apresurarnos a *responder* a estar, *escuchar*, acoger, acompañar, provocar y, finalmente, proponer.
5. De la prioridad dada a las *actividades* al cuidado del clima, las *relaciones*, la contemplación y el afecto.
6. Del cultivo de *valores humanos* generales y del ocio educativo a la *propuesta expresa de la fe*
7. Del predominio de los procesos *deductivos* lógicamente articulados al uso de los *inductivos* con “terapias de choque”.
8. De los caminos catequéticos *lineales* a *itinerarios más personalizados*, alternativos, interiores y recurrentes en forma de espiral.
9. Del acento en la transmisión de *conocimientos* religiosos al subrayado de la comunicación de una *vivencia* de fe.
10. De la *formación* teológica elemental a la *iniciación* a experiencias cristianas fundamentales(orar, servir, compartir y celebrar).
11. De la promoción de *ideología y la cultura* religiosas a la primacía de la experiencia del *encuentro* con Dios.
12. De las *acciones extraordinarias* y el radicalismo verbal a la adopción de un sencillo *estilo de vida* evangélico.
13. De la *retórica* religiosa y el subrayado de las creencias formales al descubrimiento de la *operatividad* liberadora y esperanzadora de la fe.
14. De poner el acento en lo *moral* a la hora de configurar la experiencia cristiana a la recuperación del *lenguaje simbólico*.
15. De la exclusividad pedagógica *grupal* al hincapié en la *personalización* y el necesario acompañamiento individual.
16. De la *homogeneidad* y estabilidad de las formulaciones y respuestas religiosas al respeto de la *diversidad* y originalidad personales.
17. De los modelos de identificación vocacional *cerrados* y las pertenencias *fuertes* a la *diversificación y flexibilización* de la vida cristiana que respeta la originalidad.
18. Del *aislamiento* completo de los espacios cristianos juveniles a la *interacción* con el mundo de la comunidad adulta.

19. De entender la Iglesia como la institución que *regula y controla* la realización de la fe a concebirla como un espacio de *búsqueda* de Dios y de *crecimiento* fraternal.

20. De una pastoral del *invernadero* eclesial y social al paradigma del *oasis* permeable y abierto en medio del desierto.

6 Un futuro abierto que, en parte, está en nuestras manos

Soy plenamente consciente tanto de nuestra responsabilidad como de que, en el proceso de transmisión de la fe, no estamos solos. Creemos que Dios actúa libremente en todos los seres humanos de un modo que se nos escapa¹⁴. Pero no podemos escudarnos en las dificultades ambientales, por una parte, ni en la providencia divina, por otra, para no hacer del mejor modo posible nuestra tarea evangelizadora. Por eso quisiera terminar esta larguísima exposición con un poema y una parábola. El primero, del recientemente fallecido Mario Benedetti, expresa, con una belleza y profundidad insuperables, la labor educativa que la Iglesia tiene que realizar entre los jóvenes para abrirles a la vida en todo su misterio, único terreno en el que el Evangelio podrá resonar como Buena Noticia para ellos. El segundo es una parábola que describe las alternativas pastorales que se le presentan a la Iglesia actual que incluye una propuesta operativa para meditar. Espero que estimulen vuestro trabajo.

¿Qué les queda por probar a los jóvenes?¹⁵

¿Que les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de paciencia y asco?
¿Sólo grafitti? ¿Rock? ¿Escepticismo?
También les queda no decir amén,
no dejar que les maten el amor,
recuperar el habla y la utopía,
ser jóvenes sin prisa y con memoria,
situarse en una historia que es la suya,
no convertirse en viejos prematuros.

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de rutina y ruina?
¿Cocaína? ¿Cerveza? ¿Barras bravas?
Les queda respirar, abrir los ojos,
descubrir las raíces del horror,
inventar la paz así sea a ponchazos,
entenderse con la naturaleza
y con la lluvia y los relámpagos,
y con el sentimiento y con la muerte,
esa loca de atar y desatar.

¹⁴ MARTÍN VELASCO, Juan: *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Sal Terrae, Santander, 2002.

¹⁵ BENEDETTI, Mario: *Antología poética*, Alianza editorial, Madrid, 2008, p 293.

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de consumo y humo?
¿Vértigo? ¿Asaltos? ¿Discotecas?
También les queda discutir con Dios,
tanto si existe como si no existe,
tender manos que ayudan,
abrir puertas entre el corazón propio y el ajeno.
Sobre todo les queda hacer futuro
a pesar de los ruines del pasado
y los sabios granujas del presente.

En cierta medida, la Iglesia actual se encuentra en una situación parecida a esas parejas que están deseando tener hijos pero que no son capaces de conseguir descendencia y que, por ello, comienzan a desanimarse, ven como languidece su amor, su ilusión se marchita e, incluso comienzan a enfadarse y a discutir buscando “quien es el culpable” de esa esterilidad. Al igual que a esos matrimonios, a la Iglesia se le presentan varias alternativas para afrontar el problema. Una de ellas es acudir a las “técnicas de reproducción asistida”. La experiencia señala que, quienes acuden a estos tratamientos, consiguen a veces el embarazo deseado, aunque después de haber realizado esfuerzos ímprobos y tras haber desembolsado grandes sumas de dinero. Trasponiendo esta imagen a la pastoral de juventud, algunos creen que el camino consiste en emplear mecanismos pastorales cada vez más sofisticados e invertir grandes recursos en lograr convocatorias llamativas y novedosas. No parece que esa alternativa vaya a tener demasiado éxito en unos jóvenes a quienes llegan múltiples ofertas de entretenimiento que parecen más atractivas y resultan, de hecho, menos exigentes.

Otra opción consistiría en utilizar la vía de la “clonación”. Desde luego, algunos sectores en la Iglesia parecen estar convencidos de que la solución a la crisis actual de la transmisión de la fe consiste en reproducir -en un ambiente estéril- los mismos modos de ser cristianos de la religiosidad tradicional. El conservadurismo está a la orden del día en muchas parroquias y movimientos. No obstante, la experiencia de la oveja Dolly –el primer mamífero clonado- debería prevenirnos: sufrió un proceso de envejecimiento acelerado y murió prematuramente. Yo creo que la pastoral neoconservadora tiene un riesgo real de caducar aceleradamente como experiencia creyente y evangelizadora, incapaz de abrirse a la acelerada novedad de la cultura actual, aunque pueda presentar hoy un balance no desdeñable de sus éxitos (vocaciones al ministerio ordenado y a la vida religiosa; grandes concentraciones de jóvenes, etc.). No obstante, ese tipo de cristianismo ha desconectado claramente con la sensibilidad de las nuevas generaciones y sólo podrá subsistir en un invernadero cultural.

Una alternativa a la estrategia anterior sería la de abrirse a las posibilidades de la “adopción” y la “acogida”. Se trataría, en este caso de acercarse a los jóvenes que no son “los nuestros de toda la vida” para ofrecerles el amor de Dios y el estilo de vida de Jesús como camino para salir adelante en la vida. Por ejemplo, ya hace varios años se detectaba que el 25% de los jóvenes españoles permanecía retraído en su domicilio carente de

relaciones y estímulos. Los jóvenes sin referencias adultas, inmigrantes, con familias en dificultades, con problemas académicos, sin motivación o con baja autoestima son, por desgracia, demasiado numerosos. Hace falta mucha generosidad para acercarnos a ellos sin pretensiones, sólo con el afán gratuito de acompañarles con cariño y servir a su crecimiento en libertad. Pero, si no me equivoco, esto se parece mucho a lo que Jesús de Nazaret hacía habitualmente.

Con todo, lo más curioso de la experiencia que estamos describiendo es que, cuando un matrimonio llega a tener un hijo o hija por alguno de estos caminos extraordinarios, suele producirse, a continuación, un embarazo espontáneo. ¿A qué se debe este fenómeno? ¿No estaba la pareja incapacitada para tener hijos? Los médicos lo explican con facilidad. La alegría del primer hijo fortalece el amor de la pareja, aumentando sus muestras de cariño, reduce su nivel de estrés, elimina las tensiones y los enfrentamientos causados por la falta de fecundidad y, entonces, los cuerpos del varón y la mujer –eliminados estos obstáculos- se vuelven fecundos. También creo que esta experiencia puede enseñarnos algo a quienes estamos en la Iglesia preocupados por la escasez de jóvenes. No es bueno para la evangelización que nos agobemos y amarguemos por la falta de jóvenes, al fin y al cabo esos sentimientos solo pueden generar rechazo en quienes pudieran acercarse a nosotros. Mejor es seguir un sano consejo médico: “¡Relajarnos y hacer el amor!”. Después de todo, si el “Mirad como se aman” no tiene capacidad de convocatoria entre los jóvenes, dudo mucho que cualquier otro anuncio lo tenga, por sofisticado o ingenioso que sea.

PEDRO JOSE GÓMEZ SERRANO